

fastos del arte alemán. Las obras de Bach y de Handel han sido en la historia de la cultura las más grandes creaciones artísticas que el protestantismo pudo producir.

Con menos pompa y grandiosidad que la música, la poesía alemana iniciaba un nuevo período de actividad. A principios del siglo la literatura era todavía pobre: habiéndose perdido del todo las tradiciones nacionales, complacía en figurar como servil imitadora de la francesa. Mezquinos rimadores y poetastros cortesanos, como Kanitz, Besser y König, pretendían pasar plaza de maestros y procuraban amenizar la aridez de sus alejandrinos con la libertad de su lenguaje, imitando en esto a la segunda escuela poética del siglo XVII. De vez en cuando surgía un verdadero talento, pero desaparecía casi de repente entre las turbias ondas de la época, sin dejar la más leve huella. Esto puede decirse de aquel Juan Cristian Gunther, en cuya inspirada rima resonaban los acentos de la lira alemana; víctima desdichada de la disolución escolar de aquel tiempo. La galomanía, apoyada y defendida por el profesor de Leipzig Juan Cristóbal Gottsched, hombre por otra parte eminente como filólogo y reformador del estilo, dominaba todo con su formalismo intelectual, que el citado «Dictador del gusto» quería transmitir también a la escena alemana para concluir de una vez con el naturalismo. Con este objeto dispuso un auto de fe simbólico, en el que se debía quemar el payaso en el escenario del teatro municipal de Leipzig (1737), y con auxilio de la atrevida actriz Carolina Neuber, trató de sustituir con piezas del género francés los espectáculos de asesinatos y las grotescas farsas. También autores de reconocido mérito, como el famoso sabio suizo Alberto de Haller y Federico Hagedorn, de Hamburgo, tomaban modelos franceses para sus trabajos. Hasta el poeta que antes que otro alguno debía presentar a la nación una obra genuinamente nacional, Cristian Timoteo Gellert de Hainichen, en Sajonia (1715-69), profesaba un respeto profundo a la teoría estética y a las prácticas de los franceses; pero en sus *Fábulas* (1746) supo introducir cuanto existía de mejor en el pueblo, y fácilmente se comprende que aquellas poesías, dignas y decorosas, que señalaban y criticaban con suavidad las locuras, flaquezas y vicios humanos, ejercieran una influencia duradera en la literatura nacional alemana. Las fábulas de Gellert fueron las que emanciparon de nuevo a la literatura alemana de la perjudicial influencia de una escuela falsa, comunicándole una nueva vida, sobre todo en la esfera de la clase media.

Al propio tiempo partía de la Suiza alemana, que entonces tomaba una parte activa en el trabajo de la cultura germánica, un golpe contundente contra la galomanía: los dos eruditos de Zurich, Bodmer y Breitinger, inauguraron una ruda campaña literaria contra el género cultivado por Gottsched; y apoyándose en la literatura inglesa, sentaron el principio estético de que la esencia de la poesía no estribaba en las formas retóricas, sino en las manifestaciones espontáneas de una imaginación ardiente, de un sentimiento puro y entusiasta; y que la contemplación de la naturaleza era inagotable manantial de esas manifestaciones del alma. Dijeron también que sólo la literatura descriptiva y didáctica tendría que ceder el paso a géneros más elevados, a la epopeya y al drama; que debían reanudarse los rotos eslabones de la cadena de la tradición nacional literaria, tanto tiempo truncada y reducida a pedazos; y que para eso se debían desenterrar entre las ruinas del pasado los tesoros de la poesía alemana de la Edad media. Con estas nuevas teorías estaban conformes, menos por principio que por aversión a las producciones de Gottsched, los dos literatos que fundaron como a su órgano común el periódico

titulado *El Subsidio bremés*: con todo, lo que se consiguió en realidad, fué sustituir una imitación con otra; como modelos de la literatura alemana recomendáronse los Thompson, Gray y Young, que ocuparon el lugar de Boileau, de Chaulieu y de Chapelle, precisamente lo mismo que ocurrió con la jardinería inglesa, cuyo sistema sustituyó al estilo francés. Así anduvieron las cosas hasta que

«Aparece Klopstock y domina al mundo con el sublime vuelo de su genio.
Establece reglas, realza el idioma y le libra del servilismo galo»

Federico Teófilo Klopstock (1724-1803), de Quedlinburgo, publicó en el periódico de Brema en 1748 los tres primeros cantos de su *Mestada*, y en 1750 sus primeras *Odas*, marcando así el principio de una nueva época literaria. Alemania tuvo al fin un poeta original, pues Klopstock lo era, no tanto como autor de la *Mestada*, en la cual se evidencia su relación con Milton, sino como autor de las *Odas*. La influencia que ejerció la *Mestada* fué, sin embargo, más importante, aunque la crítica reconociera al punto los flacos de esa mezcla de dulzura bíblica y sentimentalismo alemán revestida de exámetros algo áridos. Pero aquel largo poema que terminaba con monótona rima, tuvo al menos en sus principios un eco simpático en la juventud, y sobre todo en la del sexo femenino. En aquel himno característico del Salvador todo respira alemanismo afectuoso, todo es delicado, no sólo en los ángeles, sino también en los diablos (por ejemplo en la figura de Abbadona), y es indudable que puso en moda en Alemania la afectuosa sencillez. A la buena acogida que entonces tuvo el poema de Klopstock contribuyó aquel sentimiento confuso del dolor elegiaco con que nos despedimos de las ilusiones que se van, pues ese poema era de hecho el adiós de la cultura alemana, que llegaba a la meta de su progreso, a la edad de bronce de la ortodoxia, que rápidamente se alejaba. Y como poeta lírico, Klopstock no ha hecho cosa mejor que sus odas; en ellas se expresa el sentimiento de la naturaleza, el ardiente afecto, el amor sincero, los goces más nobles de la vida y el amor a la patria; de todo esto habla en sus odas con un lenguaje espontáneo y enérgico, con melódicos y atrevidos giros, que rebosan genio y vigorosa concisión.

Allí donde se hable de la resurrección de los alemanes y de las tinieblas y la desmoralización, debe recordarse con orgullo a Klopstock, que fué una potencia purificadora en la historia de la civilización. Ejerciendo su misión de poeta con una dignidad que tenía algo de sacerdotal, comunicó a la literatura un carácter más elevado, enseñando a los poetas y eruditos alemanes que ante todo debían respetarse a sí mismos si querían ser respetados de los demás. No es necesario demostrar detalladamente el provecho que redundó a la civilización alemana, pues la inteligencia salió de la situación humillante a que había llegado, en gran parte por su culpa. El valor moral de la poesía de Klopstock tuvo una influencia verdaderamente incalculable en las relaciones entre los dos sexos y las formas en que estas se manifestaban: cuando cantó el amor, supo encontrar acentos cuya ternura rivalizaba con la de los más antiguos cantos populares, y así volvió a introducir en las relaciones de los jóvenes de ambos sexos la pureza y la delicadeza, devolviendo al amor su unción religiosa. Quien compare la poesía amorosa iniciada por Klopstock con la rima «galante» del siglo anterior, reconocerá fácilmente que el cantor de Fany y Cilda debe ser para nosotros objeto de veneración, pues en todas



MOZART TOCANDO EL PIANO ANTE LA FAMILIA IMPERIAL DE VIENA



PESTALCZI ENTRE LOS HUÉRFANOS DE NIDWALDEN

ocasiones supo recordar á sus compatriotas aquella expresion de Tácito de que los germanos creian que en la mujer habia algo de santo y divino. Por lo demás, el acento inspirado de Klopstock en las relaciones de ambos sexos no tenia nada de ascético, era, por el contrario, cordial y alegre, y penetraba como un soplo revolucionario en la viciosa atmósfera de las formas amaneradas y rígidas. Una graciosa prueba de ello nos la ofrece aquella excursion por el lago de Zurich que Klopstock emprendió en un hermoso día del verano de 1750 en compañía de sus jóvenes amigos y amigas, y la cual le inspiró la más bella de sus odas, *El lago de Zurich*. En la descripción que hizo Hirzel, uno de los que le acompañaron en aquella excursion, en su carta dirigida á Klist, se respira un ambiente primaveral, un placer delicado, y la inocente jovialidad de la juventud alemana electrizada por Klopstock, el cual la hizo comprender de nuevo el suave sonido de la palabra «patria.» A decir verdad, en el germanismo de Klopstock habia demasiado teutonismo nebuloso, y por eso los discípulos del maestro viéronse reducidos despues á emitir roncós y huecos acentos de bardo, pero era laudable, y hasta generoso y noble, hacer resonar de nuevo la voz que en el siglo xvi dejaron oír Hutten y Fischart, y en el siglo xvii Logau y Moscherosch, para decir y repetir á los alemanes entorpecidos y privados de todo sentimiento nacional, que eran un pueblo y tenian una patria. Si nos representamos el aspecto desolado y desconsolador que á mediados del siglo xviii ofrecia Alemania, lacerada, desunida, privada de su libertad y de su fuerza, comprenderáse que el más ardiente amor á su patria y la más ciega fe en su redencion debian animar al poeta cuando decia á Germania:

«Con la gloria de mil años
Tu cabeza coronada,
Al frente de las naciones
Sigues tu marcha inmortal.
¡Yo te amo, patria mia!...»



III

ESCEPTICISMO, GENIO É IMPOSTURA

Si la agitacion patriótica á que Klopstock dió el impulso, y que difundió su escuela poética, aparece por su carácter, decididamente religioso y protestante, como el último acto de alguna importancia del siglo xvii, el movimiento que la siguió, señaló el rompimiento con la tradicion religiosa, católica y protestante. Aquella agitacion, que, podemos decirlo, partia del alma del pueblo aleman, debe considerarse como el primer grado de la regeneracion de la vida intelectual de Alemania; el movimiento, ó sea el trabajo de despreocupacion, que no era de origen aleman, pues provenia de Francia é Inglaterra, fué el segundo, debiéndose esto en gran parte al modo de gobernar de Federico el Grande, y más tarde de José II. El ejemplo de estos dos soberanos bastó para despertar de su entorpecimiento á la mayor parte de los gobiernos alemanes, y aún á varios principados eclesiásticos, centro favorito del oscurantismo, á los cuales agitó de tal manera, que en todas partes se adoptaron medidas más ó ménos acertadas para entrar en las vías recién abiertas de la cultura y del humanitarismo. Esta buena voluntad de los gobiernos alemanes fué acogida por todos los hombres inteligentes y más notables de la nacion con aquel noble entusiasmo que fué el más hermoso rasgo característico de aquel siglo.

Un inglés, Locke, un escocés, Hume, y un francés, Bayle, habian puesto científicamente en movimiento la gran palanca de todos los conocimientos progresivos. La campaña abierta por el celo investigador y escéptico de estos tres hombres contra la llamada revelacion de la fe, se continuó por los «deistas» ingleses, cuya «Filosofía del buen sentido» fué trasmitida por Voltaire á Francia, pasando desde aquí á toda Europa, donde alcanzó su mayor profundidad y más sólidos fundamentos en los «despreocupados» alemanes; miéntras que en Francia preparábase su más eficaz y poderosa arma en la *Enciclopedia* fundada por Diderot y d'Alembert, que ejerció una incomparable influencia en toda la sociedad europea.